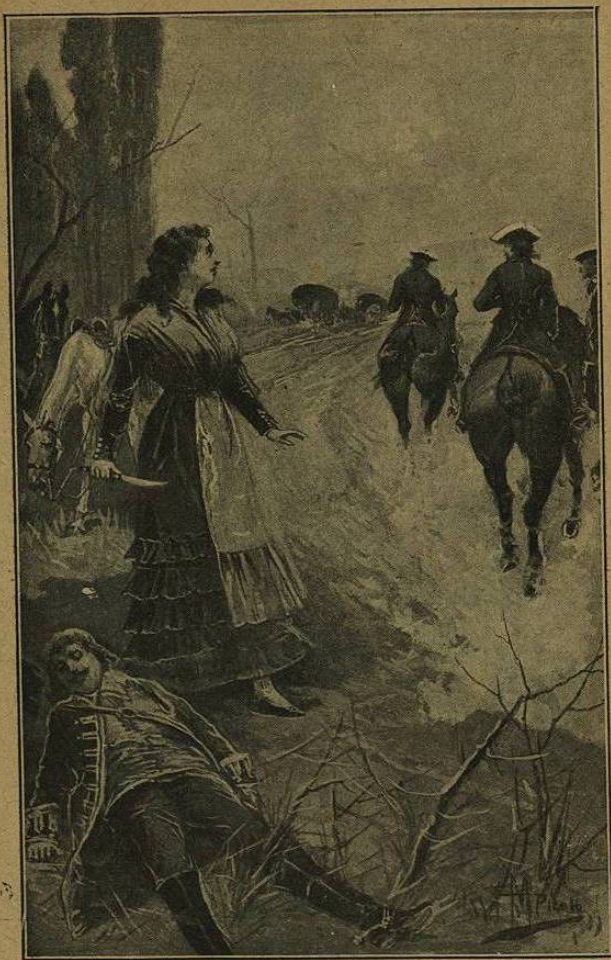
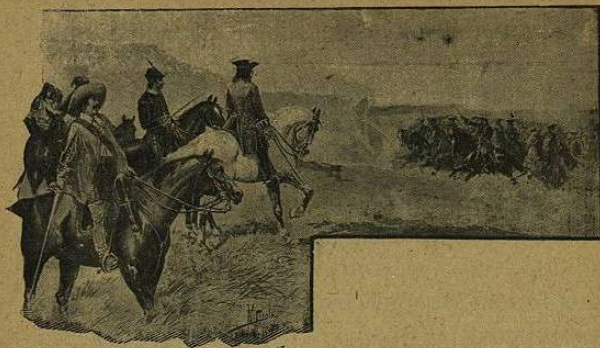


PQ 2011
E8
C38
V.3



—¡Ven á cogerte si puedes!



LAS CABALGADAS DE LAGARDÈRE

I

El grito del anciano Duque.

En una plaza de la soberbia Burgos, la indomable patria del Cid, se había formado un nutrido círculo de espectadores en torno de dos gentiles gitanillas que bailaban con mucho garbo el fandango. No sólo las admiraban y aplaudían carreteros, aguadores, ganapanes y algunos transeuntes desocupados; los balcones del palacio de la Capitania general estaban llenos de damas y damiselas que les echaban pesetas, y por

intervalos dejaban de abanicarse para aplaudirlas.

Burgos es muy amante de la música. La épica leyenda del Cid ha inundado el corazón de sus habitantes de vaga melancolía, de poesía indefinida, que, no hallando expansión en cualquier momento en la rítmica música del chocar de los aceros, se torna en amor á toda sinfonía, sea producida por castañuelas bien manejadas, por voces cristalinas y armoniosas, ó por el timbre sonoro de las campanas de sus magníficas iglesias, que repican durante casi todo el día. En ninguna ciudad española he oído tañer tanto las campanas como en la antigua capital de Castilla.

Las dos gitanas que atraían la atención de la muchedumbre no se parecían en nada. La que danzaba era morena, ágil, esbelta, de boca pura y fresca con admirables dientes, que dejaban escapar una risita seca que hacía el efecto de un chasquido de fusta. La otra era rubia, y no tenía ni tanto fuego en la mirada, ni tanta costumbre de presentarse en público: era la que recogía el dinero, y apenas si tocaba de vez en cuando las castañuelas para acompañar á su compañera.

Sin embargo, ella era la que más miradas atraía. Parecía como doliente y anonadada; carecía de la gracia de los movimientos que tenía la otra, y, no

obstante, á ella era á la que admiraban más y con quien más simpatizaban los espectadores. Es que adivinaban en aquella delicada y hermosa rubia el sufrimiento, quizás el martirio, y por instinto le mostraban su compasión.

Los lectores habrán reconocido en la bailadora y cantadora, porque también cantaba admirablemente, á la bella doña Cruz, la amada del marqués de Chaverny. Su compañera, la que se encorbaba para recoger los ochavos que tiraban á ambas los espectadores, era Aurora de Nevers, la más rica heredera de Francia. ¿Cómo habían llegado á aquel extremo? Tanto valdría preguntar cómo es que hay en la vida vencedores y vencidos, opresores y víctimas.

Cuando llegaron al miserable cuarto que habían alquilado en la posada para pasar la noche, Flor arrojó á un rincón con desdén su pandereta, y á pesar de sus grandes ánimos, su semblante dejó ver tristeza y desaliento. Aurora por su parte echó sobre la mesa aquel dinero, que le quemaba las manos y los bolsillos.

—¡Á ver; cuenta la colecta!—dijo Cruz con fingido buen humor para alentar á su amiga.— Sospecho que la de hoy ha sido buena, y con pocas así nos haremos ricas.

La de Nevers no contestó. En la mesa había ochavos y cuartos, buen número de pesetas, y,

destacándose entre el cobre y la plata, un reluciente doblón.

—No hay que desdeñar tanto el dinero—dijo seriamente doña Cruz,—puesto que á él hemos de deber nuestra salvación.

—¿Acaso podrá más que nuestros novios?

—No digo tanto; pero nos ayudará á encontrarlos y á volver á Francia.

—¿Cuándo llegaremos á la frontera?

—Pasado mañana, si no tropezamos con algún obstáculo imprevisto. ¿Porqué no estará aquí para guiarnos la pobre Mariquita?

—Nos prometió traernos á Lagardère: pasaron días y días, y Enrique no pareció. Te dijo que te había enviado á Chaverny, y no hemos visto al Marqués. Es verdad que fué quien preparó nuestra evasión y nos salvó: lo reconozco. Pero ¿por qué no viene á acompañarnos como habíamos convenido?

Pintése gran tristeza en el semblante de Flor.

—El dolor te hace injusta, Aurora. ¡Quién sabe si Mariquita no padece, si no está herida por habernos salvado!

—¿Herida?

—Sí. No había querido decirte nada; pero mucho me lo temo. Cuando se derrumbó la torre ella estaba en la escalera subterránea, y acaso se

haya quedado allí encerrada viva, emparedada. Quizás en el momento en que yo cantaba y danzaba por esas plazas exhalaba ella su último suspiro y el último estertor de la agonía: tal vez después de haber pronunciado nuestros nombres...

Su pena se deshizo en llanto.

—¡Emparedada! — exclamó Aurora estremeciéndose.—¡Oh; calla por Dios! ¡No digas eso; no digas que lo supones siquiera! Confiesa que lo has dicho sólo para castigarme por mi ligereza é ingratitude. ¡Sería demasiado horrible!

Los sollozos agitaron su pecho convulsivamente, y se hubiera desplomado al suelo á no recibirla Cruz entre sus brazos estrechándola contra su pecho. Con mimos y caricias trató de tranquilizarla.

—¡Cálmate! Espero volver á verla. ¡Dios es grande!

—¿Te explicas tú esa catástrofe? ¿Cómo pudo desplomarse tras de nosotros el castillo?

—No lo sé. No comprendo una palabra; pero Peyrolles ha muerto, y con él don Pedro.

—¡El padre de Mariquita! Ya ves, mi pobre Flor, que causo la desgracia de todos los que me quieren de veras. ¡Ojalá hubiera permanecido en la torre!

—¡Cállate loca! En compensación, has causado

la desgracia de Peyrolles, lo cual debe regocijarnos. A estas horas yace entre los escombros de la *Torre Maldita*; y si no tropezamos con Gonzaga, dentro de tres días estaremos en Bayona.

Antes de continuar nuestro relato expliquemos lo sucedido en el antiquísimo castillo sarraceno, en la vieja torre sarracena que había desafiado la piqueta de los siglos, y que se desplomó con estrépito en el valle como árbol cuyo tronco se ha podrido, cuando todo parecía indicar que iba á mantenerse enhiesto centurias y centurias como centinela avanzado del sur de la sierra de Gudar.

Cansada de rondar por montes y valles por los alrededores de Zaragoza en busca de Lagardère, Mariquita se decidió al día siguiente á ponerse en camino hacia la mansión paterna temiendo que Chaverny no habría podido salvar á las dos doncellas. Y en efecto; las encontró en la torre muy afligidas y casi desesperadas. El Marquesito no llegó á verlas, como sabemos.

Entonces una idea tan temeraria como generosa acudió á su mente. Juró que las salvaría aun á costa de su propia vida y arriesgando la de su padre; y como si se tratase de la cosa más natural y sencilla del mundo, fué á exponer su plan al anciano Duque.

—Es necesario—le dijo—que se disfracen de gitanas y que se escapen por la escalera secreta. Yo misma las guiaré hasta Francia; pero veo en mi plan un obstáculo: Peyrolles, cuya vigilancia tenemos que burlar.

—Yo tengo el medio—murmuró el noble con voz tranquila.

—¿Cuál es?

—Matarle.

—Si fuera necesario darle una puñalada, yo se la daría, no tú: no debe mancharse tu mano. Una gitana como yo se lava con agua clara, y en paz.

—No le heriré por la espalda ni en la sombra—prosiguió don Pedro.—Ayer era mi huésped, y aunque fuera un bandido, mi deber era protegerle: hoy la guerra ha cambiado nuestras respectivas situaciones, y me da el derecho de arrojarle de mi casa, de tratarle como á enemigo. Tranquilízate: cara á cara y espada en mano será como allanaré el camino á tus amigas.

—¡No, padre; eso no!—exclamó la muchacha rodeando con sus brazos el cuello del anciano.—Es más joven, más fuerte, más vigoroso que tú, y además es un traidor.

—¡Bah! Ya he vivido bastante, hija mía; ya no soy nadie, pues ni aun en ocasión como ésta me han levantado el destierro para pelear por

mi patria. Bajo el yugo de Alberoni España ha apurado desde hace años las heces de todas las vergüenzas, y sólo le falta que apurar la de la derrota, que no tardará. Esoha de matarme de todos modos; y ya que se me presenta la ocasión de batirme cuerpo á cuerpo con un francés más, y este francés por añadidura, es, criminal y vil, cumpliré mi deber de aragonés haciendo al mismo tiempo acto de justicia.

Mariquita conocía la indomable energía de aquel carácter que no pudieron doblegar los infortunios, ni las persecuciones inicuas, ni los años, que todo lo destruyen y debilitan; comprendió que había tomado una resolución y que sería inflexible. Sin embargo, quiso intentar un último esfuerzo.

—La señorita de Nevers y doña Cruz no aceptarán á ese precio su salvación: preferirán aguardarla del tiempo y de los sucesos.

El anciano golpeó impaciente el suelo con el pie.

—¡Eres una parlanchina! No tienes necesidad alguna de consultarlas sobre este punto. Además de que, quieran ó no, provocaré á ese miserable, y le obligaré á batirse conmigo.

—¡Padre!

—¡Está dicho! Es inútil que hablemos más: ya sabes que nunca me vuelvo atrás de lo que

decido. Si gano la partida contra el mayordomo de Gonzaga, no hay que decir nada; pero por si la pierdo, ahí van mis instrucciones. Cuando á media noche me veas con él hablando en el patio, harás huir á las dos jóvenes por la escalera que da al valle, y tú te detendrás en la plataforma debajo de la torre. Allí verás cuatro barriles con su mecha: la lumbrera del patio te permitirá oír mis palabras. Si me oyes exclamar «¡España!», es que habré sido mortalmente herido.

—¡Padre, padre, por la Virgen! ¡Es horrible!

—¡Valor, hija mía. ¡Pruébalo! Al oírme gritar «¡España!», enciende la mecha, y huye á toda prisa á reunirse con tus compañeras. La mecha es bastante larga para darte tiempo de bajar antes de que la torre sarracena se derrumbe.

—¡No; no huiré! ¡Quiero morir contigo!

—¡Te lo prohibo! Hubiera querido legarte por herencia este nido de águilas, única cosa que no me han arrebatado los secuaces del nefasto Borbón; pero Dios lo ha decidido de otra suerte. ¡Hágase su voluntad! No guardarás, de tu padre sino el recuerdo de lo mucho que te ha querido, y que no te deja más herencia que la vida que te dió, exhortándote á que sigas siempre por el camino recto. Si en ello recibes la recompensa, darás gracias á la Santísima Virgen del Pilar; si, por el contrario, ese camino recto te

causa amargas y dolores, acuérdate de tu padre, que después de haber sido tanto no fué nadie, y se resignó y murió sin quejarse.

Se calló; fué á un lado de la estancia, abrió una arquita, sacó un pergamino, y se lo entregó á su hija.

—Toma mi testamento. No contiene más que una cláusula, por la cual te reconozco como á mi única hija amadísima. No hablo de mis cuantiosos bienes confiscados. Servirán para pagar el libertinaje y la concupiscencia del rey intruso y de su menguado favorito. ¡No te los devolverán! Aquí tienes un rizo de cabello de tu madre y dos buenos retratos: el de tu madre, y el mío. Nada más. Cuando te sea posible, ven alguna vez á rezar ante las ruinas de esta torre que me servirán de tumba.

Mariquita, con el rostro inundado de lágrimas, cayó de rodillas ante el anciano.

—¡Padre! ¡Bendice á tu hija para que tenga el cruel valor de obedecerte!

Tras una corta y ferviente plegaria el anciano Duque puso ambas manos sobre la cabeza de su hija, la bendijo solemnemente, y levantándola en seguida la tuvo un buen rato estrechada contra su corazón.

De todo esto, del sacrificio de su padre y del suyo, no dijo palabra á las doncellas: se contentó

con anunciarles que se preparasen á huir y les explicó lo que tenían que hacer. La fuga se concertó para el día siguiente á media noche.

Cuando don Pedro citó á Peyrolles, con arreglo á lo convenido, el factótum de Gonzaga no pudo disimular su sorpresa.

—¿Por qué elegir tal hora y semejante sitio?

—Porque así conviene. Si me fuera posible daros en este momento las razones que tengo para ello, la cosa estaría hecha. Esa cita tiene, tanto para vos como para mí, capitalísima importancia. No faltéis.

Hasta la hora indicada el mayordomo no hizo apenas otra cosa que pasearse nervioso por su cámara, cavilando y perdiéndose en un océano de confusiones. Preguntábase si no habría descubierto su huésped algún complot con objeto de salvar á las damas y se preparaba á desbaratarlo de concierto con él. Á veces le asaltaba la idea de si se trataría de algún lazo contra él en persona; pero rechazaba la hipótesis, juzgando al anciano demasiado recto y leal para hacerse cómplice de una infamia.

Al cabo se ciñó la espada, deslizó un puñal bajo su colete y bajó al patio de honor, que todavía estaba desierto. La noche era clara y serena, el cielo azul estaba resplandeciente de estrellas, la Luna con sus pálidos rayos iluminaba el

paisaje, dando á las ruinas un aspecto de honda y melancólica poesía.

Peyrolles, indiferente á todo aquello, lejos de experimentar la apacible y deliciosa emoción que deja en el ánimo el espectáculo de una noche pura y radiante, sentía impaciencia, mezclada con algo de miedo, ó por lo menos de recelo.

No tuvo que aguardar mucho. Don Pedro apareció vestido con un magnífico traje de corte, último vestigio de su grandeza, llevando ceñida una espada con puño de oro. Peyrolles trató de sonreír al verle.

—Á pesar de lo insólito de la cita, ya veis que me he conformado con vuestro deseo. ¿Será larga nuestra conversación?

—Eterna, caballero—repuso gravemente el Duque.

Monsieur de Peyrolles le creyó loco, y oyó con estupefacción que el anciano continuaba diciendo con toda calma:

—Pero esta conversación quedará entre nosotros, y ni uno ni otro la repetirá á persona alguna de este mundo, si os parece bien.

Sin saber por qué, aquel irónico «si os parece bien» recordó al mayordomo las mismas palabras que le dirigió Cocardasse en la hostería de *La Manzana de Adán* la noche en que el miserable pagaba el asesinato del duque de Lorena.

—¿Qué queréis decir?—preguntó.

—Que hasta que vos pusisteis el pie en esta morada estas ruinas no habian sido manchadas y envilecidas por la planta de un impostor, de un fementido, de un villano, de un asesino. Hubiera debido arrojaros de aquí como un perro en cuanto me convencí de vuestros alevosos y malvados procederés; pero me felicito de haberos evitado hasta hoy esta explicación suprema.

—¿Es una querrela lo que buscáis señor mío?—interrogó Peyrolles con arrogancia y desenvainando la espada.

—Así lo temo por vos; pero no ha llegado la hora. Envainad hasta que veáis que saco la espada.

—¿Sé yo siquiera si puedo batirme con vos sin degradarme?—replicó insolentemente el factótum de Gonzaga.

—Cruzando nuestros hierros, caballero, sólo para mí puede haber mengua y deshonor. Si mi espada hubiera de servir en adelante, preferiría romperla y dejaros salir de aquí á mancharla en vuestra sangre. Es de acero puro, y el que la ciñe no cesó de desenvainarla con honor en todo el curso de su gloriosa vida. En cambio, la vuestra fué siempre innoble instrumento de vuestra ruina y de vuestra servidumbre lacayuna. Hoy sólo os sirve para guardar á dos damas á quie-

nes vuestro amo y vos habéis robado, y á las cuales cobardemente os complacéis en torturar.

Alguien había descubierto el hecho; pero ¿quién? Peyrolles quiso hacer frente á la tormenta, y repuso con zumba:

—¿Quién os ha contado todo eso? ¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde el día siguiente de vuestra llegada con esas doncellas: fué el día en que empecé á despreciaros. Pero si entonces tenía el derecho de libertar á esas infelices, no lo tenía para hacer justicia y castigaros como merecéis. Hoy la guerra entre España y Francia cambia la situación, y nos convierte en enemigos.

—¿Acaso os creéis el campeón de España?

—En todo caso, seré un noble campeón, y os desafío á probar lo mismo.

—Me habían dicho que los hidalgos españoles eran fanfarrones y orgullosos como gascones. Vos me lo probáis esta noche, dado caso que seáis hidalgo; porque cuando ocultáis vuestro nombre...

—He callado mi nombre para que no lo ensuciárais con vuestros labios al pronunciarlo; pero voy á decíroslo para que sepáis quién os hace el honor de mataros. Soy don Pedro Gómez de Carvajal y Valedira, duque de la Peña de Guadar y conde de Aibarracín.

—Y yo...

—Ya lo sé: os llamáis Peyrolles, y sois lacayo de don Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, traidor á su rey, á su patria, y tal vez á su Dios, y, como vos, asesino y vil.

El antiguo reloj de la torre, contemporáneo de los moros, comenzó á dar lentamente las campanadas de la media noche.

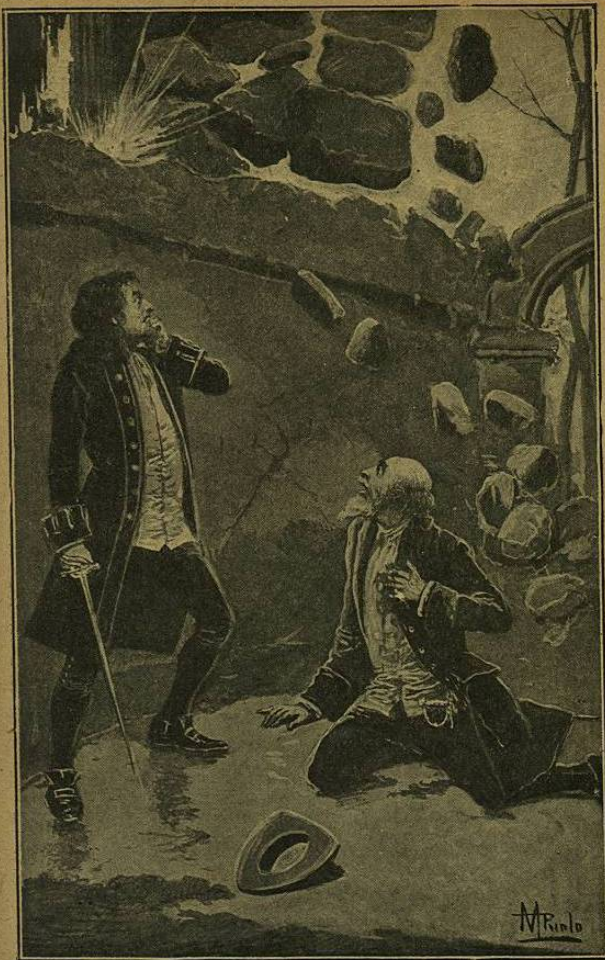
—¡En guardia!—exclamó el anciano.

Á pesar de la invitación el mayordomo no había envainado su espada: cuando vió al Duque llevar la mano á la suya se tendió á fondo con furia. Era un nuevo crimen; pero su conciencia ya no llevaba la cuenta de ellos.

El noble anciano agitó los brazos, vaciló, murmuró penosamente ¡villano!, y reunió todos sus alientos para lanzar el grito supremo que era á la vez la señal de la justicia, de la venganza y del sacrificio:

—¡España!

El martillo que iba á dar la última campanada de la media noche no tuvo tiempo de llegar á la campana. Una explosión repentina sacudió vigorosamente á la torre sarracena, que se desplomó con estrépito, sepultando sobre sus ruinas al cobarde y traidor mayordomo del traidor y vil príncipe de Gonzaga.



¡España!